

Napoleón Baccino Ponce de León

MALUCO.
LA NOVELA DE LOS
DESCUBRIDORES

*edición de
Malva E. Filer*

© - STOCKCERO - ©

INDICE

INTRODUCCIÓN	VII
<i>Napoleón Baccino Ponce de León</i>	
<i>Maluco. La novela de los descubridores: historia y contemporaneidad</i>	
OBRAS DE NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN.....	XXI
BIBLIOGRAFÍA SOBRE MALUCO: LA NOVELA DE LOS DESCUBRIDORES	XXIII
<i>Bibliografía secundaria</i>	<i>xxv</i>
MALUCO	
I	I
II	16
III.....	37
IV	64
V	93
VI	123
VII	142
VIII	165
IX	198
APÉNDICE.....	233
<i>A Su Alteza Imperial Carlos V, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de Navarra, de Granada, de Jerez, de Galicia, de Valencia, de Mallorca, de las Dos Sicilias, de Nápoles, de Jerusalem, de las Indias Orientales y Occidentales e de muchos reinos más.</i>	
<i>De su humilde y leal servidor, Juan Ginés de Sepúlveda.</i>	

INTRODUCCIÓN

NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN

Nacido en Montevideo, en 1947, Napoleón Baccino Ponce de León egresó, en 1974, del Instituto de Profesores Artigas como Profesor Titular de Literatura (Equivalente a la Licenciatura en Letras), y desde 1978 se especializó en Filología Moderna. Publicó diversos trabajos sobre narradores uruguayos, en particular sobre Horacio Quiroga, a cuyo estudio dedicó diez años de investigación. Durante los años de dictadura en el Uruguay (1973-1984), se vio forzado a dejar la actividad docente y a ganarse la vida con trabajos ajenos a su vocación. Pero fueron éstos, también, los años en los que se gestó *Maluco*, la primera novela que iba a publicar, ya que había descartado otras anteriores, ejerciendo una severa autocritica La expedición de Hernando de Magallanes a las Islas Molucas, como eje temático, y la España de Carlos V que le sirve de trasfondo, se transforman en un texto imaginativo, rebelde y anticonvencional que trasmite, con deliberado anacronismo, la perspectiva del autor. Baccino trabajó cinco años en la escritura de *Maluco*. El Premio de Novela Casa de las Américas que ésta recibió en 1989, y su publicación por Seix Barral (Barcelona, 1990), aseguraron desde ese momento a su autor, un lugar de prestigio entre los escritores hispanoamericanos. Ganadora de otros premios, y muy bien acogida por la crítica, *Maluco* ha sido traducida a las siguientes lenguas: inglés, francés, alemán, portugués, italiano, holandés, dinamarqués, noruego, y turco.

Baccino publicó, posteriormente, obras totalmente distintas a *Maluco*. *Un amor en Bangkók* (1994) es una novela intimista, de seres frustrados, solitarios. Sus personajes son seres encerrados en un mundo estanco, sin salida, del que sólo sus sueños y fantasías les permiten evadirse. La novela logra intensidad

emotiva, mantiene el suspenso y crea una atmósfera fantasmal, con un lenguaje, a veces poético y otras coloquial. *El arte de perder* (1998) es, en cambio, una selección de relatos que, en su conjunto, el autor ha definido como “una autobiografía apócrifa”. Textos que intentan recuperar los orígenes de un pasado marcado por la historia familiar ; recuerdos de los temores y fantasías que pueblan la imaginación infantil; la memoria entrañable de su padre. Pero también se encuentran, en este libro, relatos del joven escritor que, con su esposa bióloga y tres hijos pequeños, viven frente al mar, en una aldea de pescadores, adonde llegan las ballenas cada primavera. Si bien el libro concluye con una reflexión sobre la fugacidad de la vida, y el sentimiento de pérdida permea estos relatos, ellos son, también, prueba de la capacidad recuperativa del lenguaje que conforma, con imaginación poética, este “arte de perder”.

Aarón de Anchorena: una vida privilegiada (1998) es la biografía de un miembro de la aristocracia argentina, cuya curiosidad histórica, y espíritu deportivo y aventurero lo llevaron a invertir parte de su fortuna en la realización de una obra valiosa y perdurable en territorio uruguayo. Anchorena legó al estado de este país su lujosa mansión, hoy Residencia Presidencial, el parque de 600 hás. que la circunda y que es uno de los más bellos de América y una importante parte de sus tierras, para que allí se fundara un Parque Nacional. Es particularmente interesante que, según la información obtenida por Anchorena, y que menciona en su testamento, las tierras que había adquirido tenían significación histórica: “Este paraje privilegiado une a la admirable belleza del paisaje el interesante recuerdo histórico de haber sido el primer sitio habitado por los españoles en el Río de la Plata. Allí construyó Sebastián Gaboto, el 15 de Febrero de 1527 un pequeño fuerte que se abandonó poco después. Veintiocho años más tarde, Juan Romero, por orden de Irala, abrió los cimientos de la ciudad de San Juan, destruida algunos años más tarde por los indios charrúas. La torre de piedra, allí construida y desde la cual se divisa a simple vista la ciudad de Buenos Aires, conmemora aquellas dos fundaciones”.¹ Al autor de *Maluco* los viajes de Anchorena por las regiones hasta entonces inexploradas del sur argentino y entre los indios pilagás del norte, en el límite con Paraguay, deben haberle resultado interesantísimos. En este libro, un trabajo de investigación histórica acerca de las tierras de la Estancia Barra de San Juan de Anchorena realizado por numerosas fotografías e ilustraciones, se puede vislumbrar la irónica pluma del autor de *Maluco*, entrecorrida en los detalles —notablemente documentados²— del itinerario de Gaboto, y de la falta de acuerdo entre los distintos cronistas e historiadores respecto al lugar de aquel primer emplazamiento.

Baccino ha puesto su capacidad de investigador en otra obra, de interés histórico y nacional, al escribir *Bolsa de valores. Montevideo 1867-2000* (2000),

¹ El texto del testamento está parcialmente reproducido al comienzo del libro.

² Apoyados en la crónica de Ruidíaz de Guzmán y en textos de Pedro de Angelis, José Toribio Medina, y Eduardo Madero.

donde presenta “Una visión de la historia económica del Uruguay”. El tema de este libro, publicado en edición bilingüe, español e inglés, con fotografías e ilustraciones como el anterior, no es extraño, como podría parecer, a los intereses del autor. El acento está puesto, como en la mayor parte de su obra, en la reconstrucción del pasado, en la preservación de la memoria histórica colectiva.

En *El regreso de Martín Aquino* (2003), Baccino reintroduce un personaje que ya figuraba en *El arte de perder*. Se trata de Martín Aquino, “el último matrero oriental”(15), quien vivió de 1889 a 1917. La novela está basada en hechos reales, pero los recrea con las libertades que permite la ficción. Recordado como un héroe popular, el imaginario colectivo vio en Martín Aquino la rebeldía contra un sistema considerado injusto, que el ciudadano común no se atreve a desafiar. La leyenda le atribuye coraje, lealtad y generosidad, y hace de él un personaje romántico, de una nobleza difícil de asociar con su condición de inadaptado, y con su vida fuera de la ley. Se lo considera también héroe trágico, porque muere traicionado, pero sin traicionar sus principios. Muere en su ley y por sus propias manos, haciendo que su muerte sea una forma de autodeterminación.

Baccino se ha destacado, también, como estudioso de la literatura. Su dedicación al estudio de la obra de Horacio Quiroga dio como primer resultado el libro *Horacio Quiroga: Itinerarios* (1979), publicado en Montevideo por la Biblioteca Nacional. En 1985, la Asociación Archives de la Littérature Latino-Americaine, des Caraïbes et Africaines du XXe. (A.L.L.C.A.), le encomendó la selección, establecimiento del texto, estudio de variantes, notas, introducción filológica, y otros estudios preparatorios del volumen *Horacio Quiroga/Todos los cuentos/Edición crítica* y, una vez aprobado el manuscrito, fue nombrado Coordinador del citado volumen, publicado en 1993 en París, por la Colección Archivos. Entre 1995 y 1997, Baccino fue Catedrático de Narratología en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica del Uruguay y, durante 1996 y 1997, Director del Departamento de Letras del Ministerio de Educación y Cultura de su país. Ha colaborado, como crítico literario en el diario *El país*, y en los semanarios *Jaque*, *Brecha* y *Cuadernos de Marcha*, y, fuera de su país, en *El universal* de Colombia, *Folha* de San Paulo, y *Economía Hoy* de Caracas. Entre 1993 y 1994, fue corresponsal para América Latina del diario *Zero hora* de Brasil, colaborando además, regularmente, en su Suplemento Cultural.

Su actuación distinguida en estos campos y, particularmente, su obra de ficción, le han valido a Baccino premios y reconocimientos. siendo los más importantes el ya mencionado Premio de Novela de Casa de las Américas (1989), el Premio Latinoamericano de Narrativa (1990), el Premio Blanes de

Oro (1990) y la Beca en el rubro de ficción de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation (1992-93).

MALUCO. LA NOVELA DE LOS DESCUBRIDORES: HISTORIA Y CONTEMPORANEIDAD

En 1990, cuando Napoleón Baccino Ponce de León publicó *Maluco*, la novela fue aclamada por la crítica, y considerada por algunos especialistas, como una contribución al subgénero de la Nueva Novela Histórica muy cultivado desde los años ochenta, cuando los novelistas hispanoamericanos se sintieron impulsados a dirigir la mirada al pasado e interpretar a personajes y hechos históricos desde perspectivas que derivaban de sus preocupaciones contemporáneas. Ya antes de esa época Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra* (1979), Alejandro Paternain en *Crónica del descubrimiento* (1980), y Abel Posse en *Los perros del paraíso* (1983), habían enfocado el tema de la Conquista en textos irreverentes y críticos que contradecían las versiones de la historiografía oficial. El interés por novelar el pasado perduró en los escritores de los años noventa, quienes exploraron, para crear sus novelas, en los archivos, las crónicas y la historiografía, abarcándolo todo, desde la historia hispanoamericana colonial hasta el pasado inmediato. Son representativas de esto las obras de Abel Posse, Ricardo Piglia, Juan José Saer, María Rosa Lojo, Tomás Eloy Martínez, entre los argentinos, Alejandro Paternain, Napoleón Baccino, Tomás de Mattos, entre los uruguayos, y Patricio Mann, Marcela Valdivieso, Roberto Ampuero, Gonzalo Contreras, Darío Osses, entre los chilenos. Por lo general sus novelas de contexto histórico pueden ser interpretadas como el producto de una doble mirada, porque ven el pasado como el origen del presente y, durante el período de represión vivido en Uruguay, Argentina y Chile, utilizan el contexto histórico para realizar, oblicuamente, una crítica de los regímenes imperantes. Se valen para ello de los recursos conquistados por la “nueva novela” de los años sesenta: la libertad imaginativa, el humor y la parodia.

Maluco podría, desde este punto de vista, ser considerada como un ejemplo de la Nueva Novela Histórica, ya que exhibe, en mayor o menor grado, las características que Seymour Menton incluye como definitorias de la misma.³ Podemos identificar su presencia en *Maluco* del siguiente modo: 1) la novela subordina el recuento de los hechos históricos a la presentación de ideas y puntos de vista contemporáneas a su escritura. Implícita en el texto está la idea, propagada por influyentes teorías acerca de la escritura de la his-

3 Menton fue el primero en establecer los criterios que permitieran clasificar a un grupo de novelas contemporáneas como “Nuevas novelas históricas”. Ver su libro *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura, 1993.

toria,⁴ de que los historiadores sólo nos dan una versión parcial y limitada de los hechos que narran, y que no hay una única versión verdadera, sino múltiples versiones desde distintos puntos de vista. El relato de Juanillo refuta y desacredita los textos de los cronistas e historiadores oficiales, así como los valores que ellos transmiten, para relatar los hechos desde su experiencia de marginado social, y de sobreviviente de penurias e injusticias. No hay épica ni hazaña gloriosa en su relato, sino hambre, desamparo, violencia y muerte.⁵ 2) En *Maluco*, hay muchas distorsiones deliberadas de la historia, aunque son más de detalle que de fondo, y si bien la mirada del narrador traduce una representación del mundo diferente a la que seguramente se tuvo en la época evocada, no se introducen hechos y personajes de épocas distintas, como sí ocurre en *Los perros del paraíso*, por ejemplo. 3) El personaje de Magallanes está ficcionalizado, el texto bucea dentro de su armadura física y psicológica y lo muestra con sus temores, debilidades y defectos, lo humaniza a expensas de su figura heroica. Su muerte no tiene grandeza trágica, sino que está evocada como poética y absurda a la vez. El rey Carlos I (Emperador Carlos V) es, también, despojado de su poder y su dignidad y mostrado viejo, físicamente decrepito y senil, en su retiro de San Jerónimo de Yuste. Hay muchos ejemplos de Nueva Novela Histórica, donde se baja del pedestal a los héroes y poderosos de la historia y se imaginan sus vivencias íntimas. Un caso representativo es el retrato de Simón Bolívar hecho por García Márquez en *El general en su laberinto*. 4) El relato de Juanillo incluye múltiples comentarios metaficcionales, donde el narrador interrumpe el recuento de los hechos para referirse a su actividad de narrarlos. En su larga misiva dirigida al rey, le recuerda repetidamente, que el relato que está leyendo no tiene otra realidad que la de ser su texto, pero que él, Juanillo, tiene una vida independiente a su relato. Este es un aspecto característico de la literatura posmodernista, donde el texto se proclama a sí mismo artificio verbal y destruye deliberadamente la ilusión de realidad que aspiraba a crear la novelística anterior. 5) *Maluco* está recorrida por una intertextualidad que funciona a distintos niveles. El texto de la novela dialoga con los textos de Antonio de Pigafetta, miembro sobreviviente de la expedición de Magallanes, y con los de otros cronistas e historiadores como Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo, y también con textos literarios a los que cita o alude, como el *Cantar*

4 La época de la escritura de la novela coincidió con la popularización de las teorías de Michel de Certeau y Hayden White, las cuales demostraron lo ilusorio de creer posible una verdad histórica.

5 Hugo J. Verani señala que la relación de Pigafetta, quien fue testigo de los hechos que narra, y con el cual discute Juanillo a lo largo de la novela, representa también, una “ficcionalización de las acciones y comportamientos”, que “oculta la lucha por el poder, esquematiza y censura los conflictos originados por la resistencia de los capitanes y pilotos españoles contra Magallanes”. Pigafetta también “tergiversa cuanto ocurrió en San Julián”, tal vez para proteger a Magallanes. Afirma, contra los testimonios de los sobrevivientes, que el decapitado fue Juan de Cartagena, y el desterrado Gaspar de Quesada porque, según opina, éste había sido nombrado capitán por el mismo emperador, y Magallanes no se hubiera atrevido a ajusticiarlo. Las omisiones y distorsiones del relato de Pigafetta fueron luego incorporadas a las versiones de Francisco López de Gómara y de Pedro Martyr de Anglería. Ver “La imaginación del Nuevo Mundo: *Maluco* y la posmodernidad” (689-90).

del Mío Cid, las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, el *Romance del Conde Arnaldos*, *Don Quijote*, poemas de César Vallejo, Jorge Luis Borges y Charles Baudelaire. En otras palabras: reescribe, al mismo tiempo, las formas discursivas de la crónica y la novela picaresca. 6) *Maluco* está escrita en forma dialógica, ya que Juanillo dialoga con el rey, con los citados cronistas e historiadores, con Magallanes, y consigo mismo. Y con las otras voces que también se escuchan a través de la narración. Hay, además, pasajes paródicos y carnalescos, como el bautismo de los animales, a los que Juanillo da nombres de la familia real.

Las características que acabo de enumerar colocan a esta novela de Napoleón Baccino dentro de los parámetros de la Nueva Novela Histórica. *Maluco* incorpora, como tal, una visión posmoderna de la historia, la cual problematiza el discurso histórico y desconstruye los textos historiográficos rechazando toda pretensión de objetividad. Al mismo tiempo, la multiplicidad de textos que dialogan en el texto novelístico indican un serio estudio, desde múltiples perspectivas, de la época evocada.

Del mismo modo que Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, y otros novelistas que ficcionalizan personajes y hechos históricos, Napoleón Baccino hizo una investigación cuidadosa para documentarse acerca de los hechos que sirven de base al relato. El texto pone en evidencia, no sólo la utilización del Diario de Antonio Pigafetta, y de los otros cronistas e historiadores ya citados, sino también, un conocimiento de la España de los siglos XV y XVI ⁶, con sus luchas entre nobles y reinos, y entre cristianos y musulmanes, abarcando desde el ascenso de los Reyes Católicos hasta el fin del reinado de Carlos V y comienzos del de Felipe II. Los resultados de esta investigación se evidencian, no sólo a través del relato de la expedición, sino también en alusiones a personajes no tan conocidos como Francesillo de Zúñiga, bufón de la Corte de Carlos I, o Perico de Ayala, albardán del marqués de Villena. Al mismo tiempo, como novelista, Napoleón Baccino maneja libremente el material histórico, inventando y transgrediendo las versiones de la historia documentada. Así Juanillo confiesa, en su relato, que “condimenta su discurso con algunas mentirillas para realzar su sabor” (32). Entre las “mentirillas” que se permite el autor se encuentran el hacer que el Veedor General de la Armada, Juan de Cartagena, hubiera perdido las piernas luchando contra los Moros, y que Magallanes le hiciera cortar la lengua a Andrés de San Martín, el cosmógrafo, astrólogo y piloto de la expedición, según los documentos del Archivo de Indias. Sin embargo, la mayor libertad que ha ejercido el novelista, al recontar la historia de la expedición de Magallanes es la invención de Juanillo, quien como narrador, participante y testigo introduce un relato transgresor y anacrónico. Su relato del viaje de Hernando de Magallanes parodia, critica y corrige las versiones que sobre dicha expedición fueron oficialmente aceptadas

6 El viaje comienza en 1519, la crónica que Juanillo dirige al rey fue escrita muchos años después, y el veredicto de Juan Ginés Sepúlveda sobre su autenticidad, está datada el 12 de septiembre de 1558; el mismo día en el que lejos de Sevilla, donde la rubrica el cronista oficial, muere en Yuste, Carlos I. Sin duda esta coincidencia no es casual.

como verdaderas. En un mundo de jerarquías y verdades incuestionables, como lo fueron los siglos XV y el XVI españoles, su actitud contestataria es reprimida, como ocurrirá siempre dentro de los regímenes autoritarios de todas las épocas. “¿Es tan pecado la verdad que así se me castiga?”, pregunta Juanillo al rey. “Después de haber sufrido los horrores sin cuento de aquel viaje, ¿debía yo aceptar sin más, las paparruchas y embustes de vuestros cronistas?” (52) La voz de Juanillo, a través de la cual puede expresarse libremente la voz creativa de Baccino, resuena como una protesta que no tiene fecha ni frontera.

Maluco se distingue de otras re escrituras del pasado porque no sólo incorpora información histórica y evoca el contexto social y cultural contemporáneo de los hechos narrados, sino que se apropia de las formas discursivas de la relación y de la crónica, así como de las del género picaresco, propias de la época, y las subvierte mediante la visión anacrónica de su voz narrativa. La transgresión del texto reside, no en las ocasionales exageraciones y en los detalles ficticios que realzan su calidad novelesca, sino en que su reproducción de las viejas formas discursivas, explícitamente niega la visión de la vida, las jerarquías y los valores que les dieron origen. Como ya ha señalado Antonio Carreño, el relato del cronista, escrito desde la órbita del poder oficial, exalta e idealiza la figura del héroe, mientras “la crónica del pauperismo” que produce el género picaresco es una denuncia, y su héroe se convierte en un antihéroe marcado por el servilismo y la dependencia. Uno es el protagonista de los hechos, el otro quien será afectado por ellos, sin posibilidad de actuar sobre la realidad ni de controlar su propio destino. Carreño muestra, sin embargo, que la crónica y la picaresca participan de comunes estructuras formales, la fragmentación espacial y temporal del relato episódico entre ellas, y que hay contaminación de ambos géneros desde las primeras narraciones de América, como por ejemplo *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

En *Myth and archive*, Roberto González Echevarría muestra que las prácticas retóricas de la escritura legal son el transfondo común a la relación y la autobiografía picaresca. Ambos son textos de carácter dialógico dirigidos a la Corona, por el autor de la relación para reclamar o defender derechos, y por el pícaro, para eximirse de culpas y conseguir legitimidad. El citado crítico observa que la relación, la cual podía ser un informe, deposición, o aun confesión en el sentido penal, es el modelo retórico legal seguido por numerosos autores de cartas relatorias y cronistas de la Colonia: Colón, Pané, Cortés, Bernal Díaz, Cabeza de Vaca, y muchos narradores posteriores. El pícaro imita este modelo. *The very act of writing is a way of coming clean, of using formulae through which his actions are harnessed by society's rules of representation.* (68). En *Maluco* todos estos elementos están presentes, pero ellos se encuentran

inscritos en un texto que cuestiona tanto los valores del mundo caballeresco de los cronistas como la aceptación del determinismo del origen y las jerarquías de la autobiografía picaresca. El narrador, quien se rebela contra el sometimiento de los de su clase, reclama derechos y cuestiona tanto la legitimidad del poder político y religioso, como la autenticidad de la historiografía oficial que lo ha excluido, volviéndolo inexistente.

Emulando la tradición picaresca, el narrador se presenta al comienzo del relato dando su nombre y lugar de origen: “En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de 1519, yo, Juanillo Ponce, natural de Bustillo del Páramo, en el reino de León, me vine con mi señor, el conde don Juan, a su señorío en Monturque, vecino a Córdoba, la infiel”. (1). El nombre de Don Juan no está invocado en vano, ya que “aquel señor” murió “en los brazos de Eros,... que tan esforzado era en la guerra como en el amor” (Ibid.). La biografía de Juanillo es la típica del pícaro: hijo ilegítimo de padre desconocido y madre prostituta. Es, además, un judío marrano ⁷, circunstancia que el texto subraya no por su significación religiosa, sino para acentuar la inferioridad social del narrador. Antes de alistarse en la expedición, ejerce el “oficio de truhán” en Sevilla, ciudad que era entonces la capital de los pícaros y aventureros. Asignarle el papel de bufón de la armada es un gran acierto por parte del autor, ya que esto le permite construir un personaje tragicómico en el que se mezclan la servilidad y el desenfado, y un humor corrosivo que alterna entre el autodesprecio y la crítica atrevida de importantes personajes e instituciones.

Juanillo comunica una visión antiheroica y desmitificadora de lo que otros califican como gloriosas hazañas. Su narración, según declara, es “el relato puntual y verdadero de nuestras miserias, relato que en un todo falseó Pedro Mártir de Anglería para mayor gloria de Su Alteza Imperial, así como de las muchas cosas que aquel sagaz caballero vicentino don Antonio de Pigafetta calló y enmendó por la misma razón” (2). Como ya lo mencionamos, el texto toma la forma dialógica de una relación dirigida al rey Carlos I, retirado en San Jerónimo de Yuste. Así como los caballeros conquistadores escribían una relación para documentar sus merecimientos, Juanillo escribe la suya, pero con un propósito aparentemente más modesto: “que se me restituya la pensión que, por andar por pueblos y plazas indagando nada más que la verdad, se me quitó” (2). Pronto descubrimos, sin embargo, que Juanillo reclama mucho más que su pensión con esta conflictiva y heterodoxa relación dirigida al rey. Su versión contradice la de Pedro Mártir en el retrato de Magallanes, a quien presenta de modo más favorable que aquél, y juzga muy superior a Sebastián Elcano, aunque no deja de apuntar su carácter arrogante e incommunicativo. A las versiones heroicas de la expedición opone, por su parte, un cuadro de hombres que se dejan llevar, seducidos por sus sueños, a

⁷ *Marrano*: epíteto peyorativo aplicado al falso converso a la fe cristiana.

una empresa con rumbo desconocido, en la que ellos no son más que títeres: “títeres sujetos al arbitrio de unos locos para dar contento a los ricos, para que no falte en la mesa de los poderosos la pimienta con que sazonar la carne, ni el clavo y la canela para aromatizar su vino” (12). Juanillo rechaza, mediante la repetida alusión irónica, la exaltada retórica de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien dijo que Elcano y los sobrevivientes eran “de más eterna memoria dignos que aquellos argonautas que con Jasón navegaron a la isla de Colcos en demanda del vellocino de oro” (II, 228). El pone el acento, en cambio, en el hambre y las penurias sobrellevadas, en que el rey sepa el precio en vidas y sufrimiento que tienen sus especias.

Como Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Juanillo escribe el relato desde el punto de vista de los hombres sin privilegios, no de los capitanes. Evoca sus ilusiones y sus temores, reconstruye sus historias personales y los redime del anonimato, de ser sólo “nombres en una lista y números en un papel” (p. 43). Uno de los capítulos más logrados es aquél en el que los marineros, en la nave atrapada por falta de vientos, y víctimas del escorbuto, se cuentan uno al otro sus historias. A veces las inventan, o se apropian de las historias ajenas, incluso de aquéllas que otros han inventado para sí. Y cuando se agotan las historias inventan, para entretener el hambre, juegos de palabras en los que tratan de expresar sus ideas sobre la vida y la muerte. Estos hombres habían sido arrancados de su lugar natural, del mismo modo que los árboles del robledal de Corpes con los que se construyeron las naves. La invocación del poema del Cid, con aquellos testigos de la famosa afrenta convertidos en maderos que navegan a la deriva, ofrece una imagen emblemática de la ruptura histórica y el desarraigo que padecen los expedicionarios. Juanillo critica la crónica de Pigafetta a pesar de que éste, a diferencia de Pedro Mártir, vivió en carne propia las peripecias del viaje y fue leal a Magallanes, aun después de su muerte y del regreso a España. Los dos pecan, en su opinión, por no dar la verdadera dimensión humana en su escueto recuento de los hechos.

El texto de *Maluco* incorpora fragmentos y personajes literarios, las más de las veces con intención paródica. La interpolación de frases tomadas de las *Coplas* de Manrique le sirven, por ejemplo, para burlarse de la tradicional visión religiosa de la vida, incongruente con el espíritu de los nuevos tiempos. Ilustrativo de estos nuevos tiempos es el cura Sánchez de Reina, quien había abandonado después de treinta años de servicio su parroquia de pobres manchegos, seducido por la posibilidad de llegar a ser “obispo de Indias, o quizás primer prelado de las tierras descubiertas” (81). Amigo del barbero y el hidalgo, con quienes jugaba partidas de naipes, el cura, transformado en personaje de corte cervantino, se une a una empresa de ambiciosos y aventureros

que tendrá, para él, un final funesto. El cristianismo profesado, pero no practicado, de los navegantes en su conducta con los indígenas da lugar a muchas observaciones y contrastes irónicos. Por ejemplo, el capellán no cree necesario traducir el *Requerimiento* ⁸, que debe leerse a los indios en presencia de un escribano. Ensayó, con voz grave, la parte del documento donde amenaza que les harán guerra, los esclavizarán y dispondrán de ellos y de sus bienes, si no aceptan la fe. “Eso sí,” agrega, “después habrá que darles nombres cristianos” (58). El cura y el capellán dan sermones a un público invisible que, según rumores, consiste en unas mujeres indígenas, niñas apenas, que los castellanos ocultan en la nave *Concepción*. Juanillo comenta, irónicamente, que “las infelices debían estar muy entusiasmadas por la forma llana y concisa con que les explicaban cosas como la de la Santa Trinidad y la Reencarnación y la Ascensión y otras así de simples” (72). Pensando en ellas, decidió bautizar a sus monos y consideró si debía leerles los *Requerimientos*, pero al fin les puso directamente sus nuevos nombres. Este pasaje es el más carnavalesco de la novela, donde el narrador se burla tanto de la Iglesia, y su proyecto de cristianizar a los “indios”, con el que justificaba su participación en la Conquista, como del propio emperador y su familia. Alentado por el regocijo de sus espectadores, el bufón completa la ceremonia con el bautizo de los pájaros. A una pareja de buitres los llama *Los Habsburgo*, *Juanita la Loca* a una lora parlanchina e *Isabelita* a un elegante papagayo amarillo y azul. Pero no hay burla, sino un sentimiento de indignación y rebeldía ante la noticia de que las mujeres, muchas de ellas encinta, van a ser abandonadas a su suerte en la costa, “porque la comida escasea, y el Capitán General no quiere alimentar bocas de más” (102). Irónicamente, el relato deja este penoso asunto para informar, a continuación, que “don Hernando se empeñó en festejar el Domingo de Ramos como Dios manda, así que ordenó ofrecer una misa en tierra”.

Juanillo se niega, por su parte, a la resignación y el consuelo que ofrece la religión frente a las injusticias de un mundo rígidamente dividido entre ricos y pobres, poderosos y subyugados.

A pesar de frecuentes expresiones de resentimiento y rebeldía, la novela humaniza a todos sus personajes. Aun el arrogante Hernando y el viejo rey Carlos I se muestran capaces de ternura, de remordimiento o de angustia. Juanillo tiene un acceso privilegiado a la intimidad del capitán. En conversaciones que se continúan a través del relato, el bufón, convertido en confesor y adivino, calma a Hernando con visiones de su mujer, el nacimiento del bebé

⁸ El *Requerimiento*: Durante la conquista de América algunos teólogos pensaron que despojar a los indios de sus tierras, sin aviso ni derecho legal, ponía en peligro la salvación eterna de los Reyes de España. La solución a este dilema fue el *Requerimiento*. Redactado por Juan López de Palacios Rubios, jurista y consejero real, quien se encargaba de sustentar la justicia de las empresas reales, su objeto era ser leído frente a los enemigos antes de que comenzara la batalla y así darles la oportunidad de someterse pacíficamente a la autoridad de los Reyes de Castilla. Concluye que si los indios no aceptan la autoridad real, entonces serán culpables de las muertes y daños que de ello se siguiesen. En innumerables ocasiones los españoles cumplieron con la exigencia legal de leer el texto, pero lo hacían desde barcos o desde la cumbre de una colina, a grandes distancias de los indios, a veces en castellano y otras en latín. Luego, un notario certificaba por escrito que los indios habían sido advertidos.

concebido antes de la partida, y su hijo Rodrigo observando con el pecho henchido de orgullo la entrada triunfal del padre en Sevilla. El rey, a quien el narrador increpa duramente por no comprender el hambre y la necesidad que sufre su pueblo, emerge, al mismo tiempo, como un hombre que al final de su vida se siente responsable por el destino trágico que tuvieron su madre Juana y su hermana Leonor, sacrificadas ambas a las exigencias del poder. Esta mirada humanizadora y compasiva del narrador abarca por igual a castellanos y portugueses, a los que fueron leales a Magallanes, como Juan Serrano y Basco Gallego, y a los que se insubordinaron, como Gaspar de Quesada, decapitado por orden del Capitán, y Juan de Cartagena y el cura Sánchez de Reina, abandonados para morir de hambre y de frío en la costa de la bahía de San Julián. La ambigua condición de bufón le permite estar cerca de todos, sin dejar de ser un marginado. Su relato de los infortunios padecidos no excluye, por otra parte, la evocación del entusiasmo con que el navegante se hace a la mar, y el sentimiento indescriptible de estar frente a un océano “que nadie había navegado antes. que no figuraba en los mapas ni cartas de marear. Del que desconocíamos todo” (161).

Si bien la novela sigue de cerca las peripecias de la expedición, según las fuentes conocidas, el autor se ha permitido algunas libertades, como ya he mencionado. Además de las que se refieren a la condición de tullido de Juan de Cartagena y el haber inventado que Magallanes le hizo cortar la lengua al cosmólogo Andrés de San Martín, hay otras discrepancias con respecto a la historia documentada. Por ejemplo, el relato según el cual Magallanes decidió pelear contra los rebeldes de Matán sin llevar puesta la armadura, para mejor mostrar su valor al rey de Zubu. Y su muerte no podría haber sido ocultada, como cuenta la novela, ya que sabemos por Martín Fernández de Navarrete, entre otros, que los de Matán se negaron a devolver el cadáver. Con respecto a la esposa del Capitán, el mismo historiador afirma que hubo orden de que se le impidiera salir de Sevilla para ir a Portugal, hasta tanto se investigaran las acusaciones hechas contra su esposo por los castellanos de la nave desertora San Antonio (IV, pp. LXI y LXXXIII). No consta que hayan muerto ella y el niño Rodrigo en prisión. Tampoco parece verídico, si creemos a Pigafetta, que hubiera mujeres durante la travesía mientras vivió Magallanes. Después de su muerte, Juan Carvalho, piloto de la nave Victoria, se llevó de Borneo, según el cronista, “dieciseis hombres de los principales, para traerlos a España y tres mujeres en nombre de la reina de España también; pero Juan Carvalho las usó como suyas” (122).

Juanillo admite, desenfadadamente, haber introducido embustes para hacer más interesante el relato, y declara que ha inventado lo que no recordaba, y que lo hará “otras veces que sea menester” (88). A pesar de estas advertencias, para beneficio del lector el relato se mantiene muy cerca de las versiones históricas. En este sentido, *Maluco* contrasta con *Los perros del pa-*

raíso, mucho más cercana al cuento fantástico que a la re escritura de textos historiográficos, aunque ambas reflejan, por otra parte, un mismo espíritu contestatario.

La novela culmina con la muerte de Magallanes y la masacre de la oficialidad en Zubu, luego de lo cual el narrador apresura el ritmo y ahorra detalles en lo referente a la última parte de la expedición al mando de Sebastián Elcano. Apenas se detiene para mencionar la llegada a Maluco, y aun esa breve referencia se interrumpe para mostrar, con renovada ironía, al rey que rechaza con repugnancia los platos condimentados con las mismas especias por las que murieron tantos hombres. El arribo de los sobrevivientes está evocado con un profundo sentimiento de desengaño y tristeza: “La nave huele a madera podrida,... Huele también a sueños rotos. Y a rabia, a miedo y a desesperanza”⁹(261). Objetivamente, la expedición había alcanzado su meta, aunque las codiciadas Molucas no fueron finalmente españolas, ya que Carlos I tuvo que empeñar la especería al rey Juan III de Portugal por trescientos cincuenta mil ducados. Esto se lo recuerda Juan Ginés de Sepúlveda a Su Alteza Imperial en el informe que la novela le atribuye y que está colocado como Apéndice de la misma. España quedaba, sin embargo, en posesión de las Islas Filipinas, lo cual le permitiría seguir actuando en el Océano Pacífico oriental. Pero estas consideraciones geopolíticas no pueden interesar al narrador de *Maluco*, cuyo relato participa de las características que definen, según Beatriz Pastor, el discurso narrativo del fracaso: un discurso que “reivindicaba el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento” (191) y que era desmitificador y crítico.

Juanillo se dirige a su rey con una irreverencia y rebeldía que no son de su siglo, aunque sí lo es su historia de pícaro que intenta elevarse por encima de su condición participando en la gran empresa de Indias, pero regresa, finalmente, a la pobreza y el anonimato que son su destino. Al adoptar las fórmulas discursivas de la relación el pícaro desafía, sin embargo, el poder de la autoridad de controlar la escritura, y hace de la misma su vehículo de liberación. Múltiples Juanillos y Juanillas hicieron, sin duda, la historia no registrada de la conquista y la colonización de Hispanoamérica. Esta es una historia que, en las postrimerías del siglo veinte, nuestros novelistas han escrito en los márgenes de los viejos textos consagrados.

Maluco trasciende, sin embargo, tanto el marco histórico y los conflictos políticos y sociales involucrados en el relato, como las asociaciones que puedan establecerse con las circunstancias en que fue escrita, o con las interpretaciones que dependen de los modelos teóricos de la crítica literaria. La novela tiene

⁹ Aquí aparece el indicio más claro de un final circular para *Maluco*, y del que se desprende una gran riqueza simbólica y una duda trascendente: ¿este viaje tuvo realmente lugar? O se trata, por citar sólo una hipótesis, de un viaje interior. ¿Acaso hay viaje más arriesgado e importante que el viaje interior? ¿Existe un viaje que no sea también –o además o sólo– un viaje interior? Estas dudas invaden al propio rey quien, ya casi agonizando, consulta a su cronista Juan Ginés Sepúlveda al respecto. En la novela no aparece explícita la consulta del rey, pero esta figura implícita en lo puntual y sesudo de la respuesta del cronista, incluida en el Apéndice.

valor perdurable, precisamente, porque permite distintas lecturas, y porque dramatiza los sueños y las ambiciones que motivan la conducta de los hombres de todos los tiempos, lanzándolos a la aventura, y a muestras de arrojo y valentía, al mismo tiempo que desatan sus pasiones y sus impulsos destructivos. No perderá actualidad, tampoco, la confrontación entre el individuo que defiende el derecho a decir su propia verdad y los poderes que le imponen su única verdad.

Malva E. Filer
Brooklyn College
The Graduate School and University Center
The City University of New York

OBRAS DE NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN

Horacio Quiroga: Itinerarios. Montevideo: Biblioteca Nacional, 1979.

Maluco: la novela de los descubridores. Barcelona: Seix Barral, 1990.

Horacio Quiroga/Todos los cuentos /Edición crítica. Nanterre, France: ALLCA XX, Université Paris X, Centre de Recherches Latino-Américaines, 1993.

Un amor en Bangkok. Montevideo: **bp** editores, Montevideo, 1994. Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

El arte de perder. Montevideo: **bp** editores, Montevideo, 1995.

Aarón de Anchorena/ Una vida privilegiada. Montevideo: Presidencia de la República, 1998. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

Bolsa de valores. Montevideo 1867-2000/Una visión de la historia económica del Uruguay. Ediciones Javier Irureta Goyena Gomensoro, Montevideo, 2000.

El regreso de Martín Aquino. Montevideo: Los Nuevos / Casa Editora, Montevideo, 2003.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE MALUCO: LA NOVELA DE LOS DESCUBRIDORES

- De Mattos, Tomás. “Una aproximación al núcleo de la estructura simbólica de *Maluco*”. *Cuadernos de Marcha*, Tercera Epoca, Año VII, No.60, Junio de 1991.
- Díaz, Marcela Estrada de. “*El largo atardecer del caminante y Maluco*. Dos versiones ficcionales de la Conquista Española”. *Ficción y Discurso*. Coordinadora: María del Carmen Tacconi. Tucumán: UNT, 1999. 161-76.
- Filer, Malva E. “*Maluco*: re-escritura de los relatos de la expedición de Magallanes”.
- Encuentros y desencuentros de culturas: Siglos XIX y XX/AIH Actas, Irvine 92*. Editor: Juan Villegas. Irvine: U of California, 1994. IV: 293-300.
- Gazarian-Gautier, Marie-Lise. “A coastal Sailor in Search of Freedom”. *World and I archive. Book World*. <http://www.worldandi.com>
- González-Rubio, Mercedes Ortega. “*Maluco, la novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino Ponce de León”. *Espéculo*, Revista Literaria de la Universidad Complutense de Madrid. No. 25. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero25/maluco.html>
- Ianes, Raúl. “El (re)torno del romance: La nueva novela histórica uruguaya”. *Romance Language Annual* 8 (1997): 515-20.
- Lago, Silvia. “En torno a algunas estrategias narrativas: *Maluco*, la novela de los descubridores”. *Itinerario entre la ficción y la historia*. Coordinadora: Elisa T. Calabrese. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano/Emecé, 1994. 171-86.

- Luján Campos, María Luisa de. "Maluco y la pendularidad de sus opuestos". *Historia, ficción y metaficción en la novela latinoamericana contemporánea*. Proyecto y coordinación: Mignon Domínguez. Buenos Aires: Corregidor, 1996. 69-89.
- Mujica, Bárbara. "A Ship of Dreams". *World and I Archive. Book World*. <http://www.worldandi.com>
- Moreno Turner, Fernando. "Parodia, metahistoria y metaliteratura (En torno a *Maluco* de Napoleón Baccino Ponce de León)" *Hispanérica* 28: 82 (1999): 3-20.
- Perkowska-Alvarez, Magdalena. "A fool's point of view : parody, laughter, and the history of the discovery in *Maluco* : la novela de los descubridores by Napoleón Baccino Ponce de León". *A twice-told tale: reinventing the encounter in Iberian/Iberian American literature and film*. Santiago Juan-Navarro, Theodore Robert Young (Eds.). Newark [Del.] : University of Delaware Press ; London : Associated University Press, 2001. 253-74.
- Verani, Hugo J. "La imaginación del Nuevo Mundo: *Maluco* y la posmodernidad". *Actas del XXIX Congreso del ILLI*. Coordinador: Joaquín Marco. Barcelona: PPU, 1994. III: 687-98.
- . "Napoleón Baccino Ponce de León: La imaginación del Nuevo Mundo". *De la vanguardia a la posmodernidad: Narrativa Uruguaya (1920-1995)*. Montevideo Trilce/Linardi y Risso, 1996. 207-31.
- Vich, Cynthia. "El diálogo intertextual en *Maluco*". *Revista Iberoamericana* 63: 180 (1997): 405-418.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- Ainsa, Fernando. *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya (1960-1993)*. Montevideo: Trilce, 1993.
- Carreño, Antonio. "Naufragios, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Una retórica de la crónica colonial". *Revista Iberoamericana* 53:140 (1987). *Colección general de documentos relativos a las Islas Filipinas existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*. Publicada por la Compañía General de Tabacos de Filipinas. Tomo II (1519). Barcelona, 1919.
- González Echeverría, Roberto. *Myth and Archive. A theory of Latin American narrative*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. "Historia general y natural de las Indias". *Obras escogidas*, ed. Juan Pérez de Tudela. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959. Tomo II.
- Fernández de Navarrete, Martín. *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Madrid: Imprenta Nacional, 1837. IV.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: FCE, 1993.
- Pastor, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover, NY: Ediciones del Norte, 1988.
- Pigafetta, Antonio. *Primer viaje alrededor del mundo*. ed. Leoncio Cabrero Fernández. Madrid: Historia 16, 1985.
- Serrano, O. S. B., Rdo. P. Luciano. *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos (Desde 1451 a 1492)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Jerónimo Zurita, 1943.
- Roncero López, Victoriano. "Lazarillo, Guzmán, and Buffoon Literature". *Modern Language Notes (MLN) Hispanic Issue*. 116: 2 (2001): 235-49.

I

En el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de 1519, yo, Juanillo Ponce, natural de Bustillo del Páramo, en el reino de León, me vine con mi señor, el conde don Juan, a su señorío en Monturque, vecino a Córdoba, la infiel. Y como quiso la suerte que aquel gran señor, el más generoso y amable de los amos, a quien Dios tenga en el Purgatorio, que la lujuria es un pecado menor, muriese a las pocas semanas en los brazos de Eros, por así decirlo, que tan esforzado era en la guerra como en el amor, y no menos animoso pese a sus años; determiné venirme a Sevilla a ejercer mi oficio de truhán¹ y tener así ocasión de probar suerte en las Nuevas Indias descubiertas, ha poco, por el Almirante. Y estando en esta ciudad de los reinos de Vuestra Merced, divirtiendo con mis artes a la chusma² marinera por un mendrugo, supe que se preparaba una expedición al Maluco³, y decidí probar suerte en ella.

En mala hora me dirigí a la Casa de Contratación y exhibí mi gracia y mi donaire ante los oficiales encargados del reclutamiento de la gente, que, luego de reírse y festejar ruidosamente el relato de mis muchas vicisitudes, decidieron aceptarme como hombre de placer de la flota, no sin antes advertirme que el derrotero (y destino) de la escuadra era un secreto que me sería revelado oportunamente.

Como había yo gran necesidad, que desde la muerte de mi señor comía salteado y dormía teniendo al cielo por techo y a la tierra por lecho, convine, a cambio de un adelanto en dineros, en no preguntar por más detalles, convencido que íbamos a donde todos nos haríamos ricos.

¿Cómo podía yo imaginar, Alteza, la negra suerte que nos estaba reservada? Bien dicen que la necesidad tiene cara de hereje, y, pese a ser yo con-

1 *Truhán*: pícaro, persona que vive engañando

2 *Chusma*: conjunto de gente baja o soez.

3 *Maluco*: Islas de las Especies, hoy llamadas Islas Molucas.

verso en todo cuanto un hombre puede serlo, a excepción de lo que cortaron y arrojaron a los perros de mi prepucio a siete días de mi nacimiento y que no hay voto capaz de restituirlo, había por esos días de las mismas necesidades que los príncipes y los papas, esto es, de llenar mis tripas de vez en vez, por lo que me di por bien favorecido con lo que los oficiales de la Casa me dieron y alejé de mí toda otra inquietud.

Dime, pues, a gastar lo que había ganado vendiendo mi alma al diablo, que aquel hombre que Vuestra Majestad nos dio por Capitán General era el mismo diablo, y con todo era mejor que los otros, y no se comparaba con el que usurpó su gloria con la anuencia de Vuestra Merced; y de esos dineros y de mis artes sobreviví en Sevilla hasta aquel 10 de agosto del año 1500 y , en que a bordo de la *Trinidad* iniciamos aquel loco viaje alrededor del mundo todo.

Y porque otra vez los perros de la necesidad me acosan, ahora en la vejez, perdidas ya mis artes para mover a risa —porque ¿quién quiere por bufón a un hombre que ha arribado a la parte triste de la edad?—, determiné, antes de morir, dar cuenta a Vuestra Alteza de los muchos prodigios y privaciones que en aquel viaje vimos y pasamos, y el mucho dolor y la gran hambre que sufrimos, junto a las muchas maravillas y placeres que tuvimos; para que Su Majestad sepa y medite en su noble retiro de cómo las ambiciones y caprichos de los príncipes afectan a la vida de quienes andan por el mundo a ciegas, siempre sujetos al arbitrio de los poderosos.

Y si el relato puntual y verdadero de nuestras miserias, relato que en un todo falseó vuestro cronista Pedro Mártir de Anglería para mayor gloria de Su Alteza Imperial, así como de las muchas cosas que aquel sagaz caballero vicentino⁴ don Antonio de Pigaffeta calló y enmendó por la misma razón, llegare al corazón de Vuestra Merced, tenga él en cuenta que en Bustillo del Páramo, mi pueblo natal, sufre grande pobreza este Juanillo, bufón de la armada, que hizo con sus gracias tanto por la empresa como el mismo Capitán General con su obstinación.

Quizás ello os determine a interceder ante vuestro hijo, nuestro amado Felipe, para que se me restituya la pensión que, por andar por pueblos y plazas indagando nada más que la verdad, se me quitó.

Con ello no sólo repararía Su Majestad los muchos daños que su decisión de enviar aquella escuadra al Maluco causó, sino que haría además justicia a esta noble profesión de nos, que es la de hacer reír olvidando nuestros propios dolores para mitigar las penas ajenas; porque ¿qué cosa hay en este mundo más necesaria que los Francesillos,⁵ y los Pericos,⁶ y este Juanillo de profesión bufón?

* * *

⁴ *Vicentino*: Natural de Vicenza, Italia.

⁵ *Francesillos*: Referencia a Francesillo de Zúñiga, bufón de la Corte de Carlos V. Ver nota 174.

⁶ *Pericos*: Referencia a Perico de Ayala, albardán del marqués de Villena. Ver nota 173. *Albardán*: palabra de origen árabe que fue luego remplazada en Castilla por la palabra *bufón*.

Se acallaron entonces todos los rumores que habían corrido por plazas y tabernas de Sevilla; todas aquellas voces de ira que se alzaron en contra de Vuestra Majestad Imperial enmudecieron frente al hechizo de las grandes velas desplegándose al viento con la facilidad de un sueño.

Por un instante todo pareció detenerse.

El río dejó de correr. El sol de subir en el cielo. Las nubes de pasar.

Los pájaros quedaron suspendidos en el aire quieto.

En la margen opuesta, un pastor y su rebaño semejaban figuras de porcelana.

Las voces se habían ido apagando, una a una, y nadie hacía el menor movimiento.

El tiempo parecía anulado, y quizás hubiéramos quedado así por una eternidad, si una descarga de artillería no hubiera roto el hechizo.

El estampido potente de los cañones de la *Trinidad* rodó por las calles y plazas de Sevilla y se perdió a lo lejos, llevando a los más remotos pueblos la nueva de nuestra partida.

El trueno espantó a las palomas, que desde todos los patios y torres de la ciudad se lanzaron al vuelo.

Entonces el muelle volvió a animarse. Todas las cosas recuperaron su esencia en la corriente del tiempo, y comenzaron a alejarse.

Se alejaban las madres llorosas, las mujeres solas, los niños y su asombro, los curiosos y su indiferencia.

Se alejaban las torres resplandecientes y las banderas de Vuestra Majestad que flameaban sobre ellas.

Se alejaba la gran catedral, los alcázares⁷, las murallas, las cien torres y campanarios, los tejados de Sevilla la roja.

Todas las cosas se ponían en movimiento y se alejaban de nosotros, que, inmóviles, nos dejábamos robar el mundo que nos pertenecía.

Nadie sabía en verdad adónde iban las cosas que se alejaban de nosotros aquella mañana.

Una nueva descarga de artillería, esta vez de la *San Antonio*, anunció que la flota partía y, casi al unísono, todas las campanas se echaron a vuelo enloqueciendo el aire con sus voces desiguales y tristes.

El río se desliza ahora bajo las naves y la tierra gira.

Sevilla pasa y se suceden los campos yermos y algún collado.⁸ Los olivares polvorientos. La tierra arada. Alguna palma solitaria que se mece al viento. Y otros pueblos.

San Juan de Alfarache en viñas abundosas, asoma ahora a estribor.⁹

Parece desierta, a excepción de unos niños que pescan encaramados a las ruinas de un antiguo puente moro.

Al paso de las naves dejan sus cañas y, de pie sobre uno de los contrafuertes,¹⁰ nos saludan con los brazos en alto.

⁷ *Alcázar*: fortaleza

⁸ *Collado*: Colina; altura de tierra que no llega a ser monte.

⁹ *Estribor*: lado derecho del barco mirando desde la popa.

¹⁰ *Contrafuerte*: Pilar o arco adosado a un muro para reforzarlo o sostenerlo.

Permanecen en esa posición hasta que pasa la última de las cinco naves y luego vuelven a sus cañas y se les ve jugar y reírse, despreocupadamente.

En las viñas, en las afueras del pueblo, los hombres, cargados con enormes canastos, se detienen un momento para vernos pasar. En una cuba cercana a un cobertizo, tres mocetones que pisan la uva, sin interrumpir su tarea, levantan los brazos saludando.

De entre las filas se levantan una a una las mujeres, con los ojos puestos en el río, y al instante aquellas figuras de negro con pañuelos blancos que semejan pájaros sobre el surco abierto, vuelven a inclinarse sobre las parras.

Después, otra vez los campos y algún ganado disperso, y más adelante, Gelves la blanca, sobre la banda de estribor.

Pasamos tan cerca a causa de unos bajos que casi podríamos tocar sus paredes y sentir la fragancia de la que están llenas las habitaciones y cargados los armarios.

Las velas mueven el aire quieto y su sombra corre contra los muros y penetra en las estancias.

Era como si las naves se deslizaran por la calle polvorienta, de casas bajas y blancas, con macetas sin flores.

Pero no había nadie allí para saludar nuestro pasaje, a excepción de un grupo de viejos que toman el sol junto a la tapia de un corralón.

Hay una vieja de negro que pela habas amontonando el fruto en su regazo y dejando caer la vaina en un canasto. Su mirada sigue por un instante las naves sin que sus manos interrumpan la tarea.

Hay dos viejos, uno tocado con una gorra de paño berbí¹¹ y el otro con un sombrero de cordobán¹² descolorido. Están sentados frente a un tablero. Y hay un tercero que dormita, apoyado en la pared. Ninguno de ellos parece percatarse de la presencia de cinco grandes naves pasando a pocos metros de su lugar de descanso.

Casi podríamos rozarlos con sólo estirar los brazos pero seríamos incapaces de penetrar en su mundo cerrado, clausurado.

Luego, tras un recodo del río, se pierde Gelves, la blanca.

El viento hincha las velas, la corriente atrapa los navíos y las imágenes de pueblos y yermos se suceden con la rapidez de un sueño.

Coria rica en palomas, queda atrás sin que nadie se asome a vernos pasar. Solo el arrullo ensordecedor de las palomas, el río que busca el mar, y las negras naves deslizándose como sombras a pleno sol.

Después, La Puebla umbría, en la confluencia del arroyo del Repudio, asomando tímida entre sauces y chopos.¹³ Y un perro que corre y que ladra a las naves y un hombre joven que, inmóvil junto a la puerta del casino, contempla el paso de la flota, y luego, el río vacío.

Más adelante son los campos de tierras rojas y polvorientas. Un labrador arando tras los bueyes. Un grupo de esbeltas palmeras meciéndose en la brisa.

¹¹ *Paño berbí*: Paño que se fabricaba antiguamente con el hilo sin peinar.

¹² *Cordobán*: piel de cabra curtida que se fabricaba en Córdoba.

¹³ *Chopos*: Alamos.

Un pastor que saluda.

El río se torna más y más sinuoso, corriendo entre colinas y olivares, y Trebujera ventosa, asoma a lo lejos entre las salinas.

El viento esparce ahora por la comarca desierta el aroma de las naves.

Las naves huelen a madera recién cepillada, huelen a brea,¹⁴ huelen al cáñamo de los cabos, al lienzo de las velas, al bronce de los herrajes, al cuero que protege los mástiles.

Las bodegas abarrotadas huelen a sacos de harina y a pellejos de vino,¹⁵ a los quesos que llenan las estanterías y comienzan a pudrirse, a los tocinos y jamones que cuelgan de las vigas, a las ristras de ajos y cebollas clavadas a las negras costillas,¹⁶ a miel, a vinagre, a sebo y a cecina.¹⁷

Huelen también a nuestras ambiciones. Al clavo y la canela. A islas por descubrir. A la sal de los mares por surcar. Y a podredumbre de sueños y pestes y hambrunas que los corrompen.

Se diría que ese tufo malsano nos precede al llegar a Sanlúcar, destino de nuestra primera etapa.

* * *

Sepa Vuestra Majestad que estuvimos veintinueve días en aquel sucio puerto de su reino, sin que ninguna carta, ningún mensaje ni delegado alguno llegara a las naves para darnos ánimos o responder a alguna de las muchas preguntas que por entonces nos hacíamos.

Habíamos zarpado de Sevilla sin los capitanes y, un mes después, los capitanes no aparecían para hacerse cargo de la flota. El sol y la lluvia pudrían los negros maderos, la larga espera corrompía nuestros sueños, y nadie, ni los capitanes, ni los parientes y amigos, ni los vecinos de esta villa, nadie parecía tenernos en cuenta.

Era como si la flota ya se hubiera perdido en algún mar ignorado, sin haberse movido de los muelles de Sanlúcar.

Era como si hubiéramos muerto hace ya mucho tiempo. Como si fuésemos extraños. Extranjeros. Como si padeciésemos de un mal terrible del que temieran contaminarse.

Así nos veían los vecinos de Sanlúcar, que nos castigaron duramente con su indiferencia. Que colgaron del cuello de cada uno de los héroes de Pedro Mártir de Anglería, vuestro cronista, el cencerro¹⁸ de los leprosos, para no confundirnos con el resto de la gente marinera que suele andar por las calles y bodegones de esa villa suya. Bastaba trasponer el umbral de una taberna para que una red de silencio repentino cayera sobre los hombres de don Her-

¹⁴ *Brea*: Alquitrán.

¹⁵ *Pellejos de vino*: Odres hechas con piel de un animal, preferentemente de cabra, preparada para servir de envase para líquidos.

¹⁶ *Costillas*: Piezas semejantes a una costilla que arrancan de la quilla de un barco y forman la armadura del casco (cuadernas).

¹⁷ *Cecina*: Tasajo, carne salada y seca.

¹⁸ *Cencerro*: Campana tosca, hecha generalmente de hierro, que se cuelga al cuello de las reses. Se solía obligar a los leprosos a portar uno para aviso de los sanos y evitar contagios.

nando. En los mercados pagábamos por la peor carne roja o las mezquinas verduras tres veces más de lo que pagaban los otros. En las casas de putas nunca había mujeres disponibles para nosotros, por más que las viéramos, lánguidas y aburridas en el patio, a la espera de clientes que no llegaban. A las naves no se acercaban ni los perros, que despreciaban los restos de nuestras comidas. Era como si tuviéramos peste a bordo.

Muchas veces me pregunté, durante ese mes de espera, qué era lo que nos distinguía de otros extranjeros que merodeaban por Sanlúcar, y la respuesta la obtuve, Señor, muchos meses después.

Estábamos, sí, contaminados, y de un mal más terrible que la peste negra o que la lepra: estábamos infectados de nuestros propios sueños. Y ellos temían el contagio. Saben que el germen de los sueños se propaga con la facilidad de una plaga. Saben que se bebe en los vasos y se come en los platos. Que se deja en las sábanas. Que se pega a las manos. Y que apesta los ojos que miran, y la boca que besa, y los oídos que escuchan, hasta que los ojos no ven, hasta que los oídos no oyen y la boca sólo habla mentiras.

Pero ¿acaso no se había propagado ya el mal por los cuatro rincones de tus reinos? ¿Éramos nosotros acaso los únicos infectados? ¿Que nos dejamos seducir por un pregón que hablaba de oro y especias, pero en el que no se mencionaba la derrota¹⁹ de la escuadra ni la duración de la aventura? ¿Que fuimos más de doscientos y cincuenta los que corrimos a enrolarnos en la loca empresa? ¿Y que aceptamos de buena gana navegar con rumbo desconocido hacia un misterioso destino? Porque, en verdad, ¿qué era para nosotros el Maluco? Solo un nombre. Un nombre extranjero que cada uno adaptaba a sus propios sueños, aferrándose al sortilegio de su extraño sonido pero sin inquirir en su significado, como presintiendo que aquella palabra portuguesa no podía significar otra cosa que loco, porque en verdad eso éramos.

Pero ¿era acaso nuestra locura mayor que la de los capitanes? ¿Tenían necesidad esos señores de ir por más oro? ¿Sabían ellos por ventura adónde conducían a sus hombres? ¿Conocían los capitanes el derrotero de la escuadra?

¿Lo conocía Su Alteza? ¿Sabía Su Alteza adónde enviaba a sus hombres?

Si hombres de tan alto linaje, ricos y poderosos los más de Europa, estaban contagiados de aquel mal que no curaban curas ni barberos,²⁰ si el mismo obispo de Burgos que se había opuesto a los planes de Colón bendecía ahora la empresa, ¿habíamos de ser nosotros una excepción?

Estábamos locos, sí, como lo estuvo siempre Ruy Faleiro y el Capitán don Hernando, como lo estaba Vuestra Majestad Imperial y los altos funcionarios de la Casa y el obispo Fonseca y don Cristobal de Haro, que financió la empresa. Y como lo estaban quienes calafatearon²¹ las naves y quienes las cargaron con tanta comida y baratijas como jamás había llevado flota alguna. Como lo estaban las mujeres que cosieron amorosas las velas y los herreros

¹⁹ *Derrota*: Derrotero, rumbo señalado para un barco en la carta de navegación.

²⁰ *Mal que no curaban curas ni barberos*: Alusión a *Don Quijote*, Cap. VI.

²¹ *Calafatear*: tapar las juntas de las maderas de los barcos con estopa y brea para que no entre agua.

que moldearon el bronce de los herrajes y los carpinteros que dieron forma a los mástiles entre el asombro de los vecinos y el alboroto de los niños. ¿Y qué de los que se quedaron aguardando un hijo, un padre, un esposo, un amigo? ¿Sabían ellos de lo que eran partícipes? ¿Lo sabía el leñador que abatió los altos robles de los que nacerían las negras naves? ¿Lo sabían las judías que, entre risas y salmos, se ocupaban en las enormes velas? ¿Sabía el herrero en la penumbra rojiza de su taller el destino de los broncees bruñidos que apilaba en el patio? ¿Imaginaba el carpintero que aquel gran mástil que cepillaba en la calle surcaría otros cielos hasta que la tempestad lo abatiera y después, flotando, llegaría a una playa inexistente para pudrirse al sol y servir de refugio a toda clase de alimañas? ¿Sabía aquella recién casada que perfumaba con membrillos el flamante ajuar si su hombre volvería? En mi modesta opinión, ni el propio don Hernando sabía adónde íbamos, por más que a todos quisiera engañar hablando de razones de seguridad para mantener oculto el secreto.

Y, sin embargo, aunque éramos muchos los que así pensábamos, allí estábamos aguardando a los capitanes, ansiosos por desplegar las velas al viento, sin cuidarnos de razones, ni de presagios, ni de advertencias.

Ni siquiera aquella absurda espera que nadie acertaba a explicarse había sido capaz de desanimarnos, y no es que fuéramos todos valientes, que yo desde pequeño he sido temeroso y no he cambiado nada de grande, y como Juanillo había otros muchos; cuanto más que había sobrados motivos para andar temblando como un perro apaleado y día a día venían a sumarse nuevas inquietudes. Pero nada fue suficiente como para contrarrestar la fuerza de los locos sueños que impulsaban a cada uno. Nada; y sabed, Alteza, que, como os tengo dicho, no fueron aquellos días fáciles. Los rumores se habían adueñado de vuestra flota y la gobernaban a su antojo, huérfana de jerarquías.

Quien estaba en boca de todos por aquellos días era Ruy Faleiro. Él era quien había escrito el destino de cada uno de nosotros y de las naves y de los puertos que tocaran y de los mares que atravesaran, convirtiéndolo todo en delgadas líneas que se entrecruzaban formando extraños dibujos, transformándolo todo en pequeños números y complejas fórmulas, que sólo él era capaz de descifrar. Y, sin embargo, corrían ahora insistentes rumores de que el cosmógrafo portugués, el autor de la derrota, el responsable de las cartas de marear, no sería de la partida.

Algunos afirmaban que tenía Faleiro fama de astrólogo judiciario,²² de los que alzan figuras, que un demonio familiar le inspiraba aquella ciencia suya y que gracias a ella había podido ver el trágico fin que le estaba reservado a la escuadra, por lo que se había fingido loco para librarse de ir.

El bachiller Morales, cirujano de la flota, sostenía, en cambio, que Faleiro había estado mentecato desde el principio. Lo sabía por una barragana que dormía con un alto funcionario de la Casa de Contratación por los di-

²² *Astrología judiciaria*: cultivada en la antigüedad y en la edad media, mezclaba la astronomía con la magia en la observación de las estrellas. Los que la practicaban, “alzaban” figuras celestes para predecir la suerte.

neros que éste le daba, y con el dicho bachiller por contentamiento. Decía la barragana que decía el alto funcionario que el cosmógrafo había perdido la razón hacía ya tres años cuando, inesperadamente, muriera su pequeña hija de cuatro. Agregaba el bachiller que, a estar por lo que el funcionario decía a la barragana, era el tal Faleiro tan sutil y tan dado a los estudios que, fuese por el rudo golpe, fuese porque Dios así lo quisiese, se había desde entonces despeñado en los abismos de la locura. Tales pruebas había dado de estar fuera de su sano juicio que Vuestra Alteza le había reemplazado en el cargo de Persona Conjunta y Segundo en el Mando, por don Juan de Cartagena. Al saberlo, Faleiro se aposentó por la fuerza en la Casa de Contratación, de donde juró no moverse hasta que se le restituyera el mando de la armada. Y decía Morales que decía la barragana que decía el alto funcionario que era cosa patética verlo deambular el día de nuestra partida por el patio que hasta esa noche había sido bullanguero refugio de aventureros llegados de los cuatro rincones de Europa y ahora estaba desierto y silencioso, sembrado de restos de comida y pedazos de papel que arrastraba el viento de aquí para allá con un sordo rumor de hojas secas. Envuelto en la negra capa que nunca se quitaba en señal de luto, el cosmógrafo recorría con paso agobiado el gran patio vacío y a cada cañonazo de las naves se desataba en imprecaciones contra el traidor de don Hernando y cuantos se habían aprovechado de sus conocimientos, augurándoles la más negra de las suertes.

Eso se murmuraba de Ruy Faleiro y, aunque por aquellos días no pasaban de ser habladerías, la tardanza de los principales y la falta de noticias eran síntomas de que algo malo estaba ocurriendo. Cuando finalmente llegaron los capitanes, el cosmógrafo no estaba entre ellos. No obstante, toda la empresa siguió descansando en sus planos y mediciones, los que don Hernando reputó por buenos y Vos también.

También daba pábulo a toda clase de rumores el estado de las naves. Martín el Tonelero, un viejo lobo que había acompañado al Almirante en dos de sus viajes, decía que los navíos armados por Cristobal de Haro, no eran más que viejos galeones disfrazados. Jura que puede reconocer en la *Santiago* a una de las naves de los Pinzón. Que las costillas de la *Trinidad* son más blandas que la manteca. Que una cáscara de nuez supera en bizarría y fortaleza al casco de la *Concepción*. Que los aparejos²³ de la *Victoria* son menos confiables que promesas de mujer. Que la arboladura²⁴ de la *San Antonio* va a desplomarse con la primera brisa marina.

Pero nada estimula tanto la imaginación de los hombres, alimentando nuestros miedos y nuestras esperanzas, como lo desconocido.

Se habla de la zona perusta²⁵ donde, según aquel Aristóteles, que todo lo sabía, jamás llueve, y las aguas hierven por el mucho calor, cocinando los maderos y desfondando las naves. Se habla de terribles monstruos marinos que

²³ *Aparejos*: Conjunto de palos, cabos, poleas y velas de un barco.

²⁴ *Arboladura*: Conjunto de palos y vergas de un barco.

²⁵ *Zona perusta*: Zona mencionada en los manuscritos latinos que contenían ilustraciones helénicas, romanas y medievales de la esfera terrestre. La literatura incluye el debate acerca de si realmente había habitantes en la zona templada sur, y en el terrible clima de perusta.

surgen de entre el vapor de las aguas al sur del cabo de la Esperanza, y que atrapan y trituran los navíos como si fueran de azúcar. Se habla de las criaturas de las antípodas,²⁶ que viven con la cabeza para abajo. De hombres con un solo ojo en la frente y que no ven más que el futuro. De otros, con un ojo en la nuca para ver el pasado, que son sus esclavos. De mujeres con cabeza de puerco y otras con pezuñas de yegua que andan por las selvas enloqueciendo a los viajeros con sus hermosos cuerpos y sus rostros de vírgenes. Se habla también de los hombres-plantas que tienen un solo y gigantesco pie fijo en el suelo que les impide todo movimiento y así nacen y mueren esperándolo todo de las lluvias y el sol. Y por supuesto también hay mujeres con cuerpo de reptil que se arrastran como las serpientes y hombres que ladran en lugar de hablar, y niños que gobiernan imperios y tratan a los viejos como si fueran niños, y también, ¿por qué no?, ardientes amazonas de un solo pecho que fuerzan a los hombres a satisfacerlas y, en palacios de marfil y jade, reinas que cubren su desnudez con polvo de oro y princesas que defienden su virtud con una fina malla de diamantes tras la que reluce, inalcanzable, el delicado sexo, y luego, en el Maluco, adonde se dice que vamos, el clavo, la pimienta, el azafrán, la canela, para regresar los más ricos, y títulos, gobernaciones, y honores sin cuento.

Y no piense Vuestra Alteza que sólo la chusma marinera consume así sus horas, entre sueños y temores, que también los oficiales a bordo participan, y entre los detractores se destaca aquel a quien un destino caprichoso convertiría en el gran usurpador de la gloria reservada a mi amo don Hernando. Ese oscuro hombrecillo, a quien no necesito nombrar porque de sobra conocéis por los honores y presentes con que lo habéis distinguido, era, aunque no lo creáis, uno de los mayores enemigos de la empresa. Decía aquel farsante que la más grande flota que en España fuera armada con destino a las Indias era sólo un juguete costoso al servicio de los poderosos, y ponía en el mismo saco al factor²⁷ Aranda, a Cristobao de Haro y al obispo Fonseca. ¿Y qué éramos nosotros, con nuestros ridículos sueños e infantiles miedos? : simples marionetas movidas por hilos invisibles, títeres sujetos al arbitrio de unos locos para dar contento a los ricos, para que no falte en la mesa de los poderosos la pimienta con que sazonar la carne, ni el clavo y la canela para aromatizar su vino, mientras nosotros lo bebemos agrio, mientras nuestra agua apesta y andamos peregrinos por mares sin vida y tierras desiertas; y cuando por fin llegáramos al Maluco, entonces se librarían de nosotros. El hambre y los peligros serían sus aliados. No les interesará devolver hombres a sus hogares, porque, una vez alcanzada la meta, cada hombre será un escollo, un peso inútil en las naves construidas para el clavo y la canela.

Así, durante todo ese tiempo en Sanlúcar, abandonados por los capitanes y a solas con nuestro incierto destino, miedos y esperanzas crecían como hongos en el interior de cada hombre y se multiplicaban como ratas, yendo y viniendo por las naves, trepando por los cables, meciéndose en las bodegas y

²⁶ *Antípodas*: Tierras situadas en lugar diametralmente opuesto de la Tierra.

²⁷ *Factor*: Oficial real que en las Indias recaudaba las rentas y rendía los tributos en especie pertenecientes a la Corona.

colándose por las noches en el castillo de proa, donde todos fingíamos dormir.

En vano se esforzó entonces tu Juanillo por mantener la cordura con sus canciones y bromas y mil trucos que nunca antes habían fallado y que muchas veces después vería nuevamente fracasar. A medida que pasaban los días se hacía más y más difícil mover a risa a aquellos seres abrumados por el peso de un mañana que no acertaban a descifrar.

Doce hombres sensatos desertaron entonces al amparo de las sombras de la noche, menos densa que nuestras propias dudas. Doce hombres que pudieron volver a sus hogares y a la tierra que les vio nacer. Doce valientes, digo, que fueron capaces de renunciar a sus sueños cuando aún era tiempo.

Los demás nos quedamos aguardando la llegada de los capitanes. Y, cuando éstos llegaron con su despliegue de hierro y oropeles, ya nadie tuvo la fuerza necesaria para marcharse.

* * *

Una densa polvareda denunciaba a lo lejos la marcha del cortejo.

Entre colinas calcinadas por el sol, aquellas figuras tenían algo de insectos, moviéndose impelidos por una voluntad superior. Las armaduras brillaban con matices tornasolados. Las picas²⁸ y pendones eran como antenas asomando entre el polvo. Hombres y cabalgaduras formaban una indivisible unidad en la que brazos y patas se confundían con movimientos imperceptibles, avanzando en formación.

Aplastado por el paisaje y su desolación, el grupo parecía insignificante.

Doscientos treinta y siete hombres, vistiendo sus armas y con los morriónes²⁹ puestos, pese al intenso calor, aguardaban formados a un lado y otro del puente. Hay tensión en cada rostro. La impaciencia desata más fuerte la furia del sol sobre nuestras cabezas de grifos.³⁰ Pesan más las armas que agobian los hombros y las espaldas. Duelen los pies. Arden las manos.

El camino se pierde tras una colina muerta. El cortejo desaparece. El paisaje desnudo, bajo aquel derroche de luz, se torna más desolado.

Al cabo de unos minutos que parecen siglos, la columna asoma otra vez, en lo alto del camino. Está a menos de cien metros y las figuras comienzan a dibujarse con nitidez.

Primero, y recortándose contra el cielo blanco, se distingue a don Hernando, igual a un dios. Sus armas que reverberan y la capa de terciopelo verde que cubre sus espaldas y las ancas de su cabalgadura le dan un aspecto sobrenatural, inhumano. La cabeza asoma nerviosa de su caparazón de hierro. Una mano enfundada en un guante de cota³¹ da indicaciones a la columna que le sigue.

²⁸ *Pica*: especie de lanza larga, compuesta de un asta con hierro pequeño y agudo en el extremo superior, que usaban los soldados de infantería.

²⁹ *Morrión*: casco de soldado de infantería, usado en los siglos XVI y XVII, con los bordes arqueados y una cresta desde la parte anterior a la posterior.

³⁰ *Grifo*: animal mitológico, cruza de águila y león.

³¹ *Guante de cota*: Guante protector confeccionado en malla metálica.

A su lado, cuatro jinetes luciendo en los escudos y pendones el fénix de oro sobre campo púrpura de los Cartagena, transportan la litera donde viaja el veedor³² de la escuadra. Entre pesados terciopelos y recamos de oro se divisa, inmóvil, a don Juan. Cubre su peto³³ con una fina camisa de encajes de Flandes en la que lleva bordada la cruz de Santiago. No hay trazas de fatiga en sus rasgos ni huellas de polvo en sus ropas, pese a lo duro de la marcha.

Detrás suyo, Gaspar de Quesada el Hermoso lleva las piernas forradas en hierro y, bajo los arreos de las armas, el torso desnudo. Tostado por los soles y brillante de sudor, su pecho parece tallado en la más fina de las maderas de Oriente. Tiene de cerca el aspecto de una tabla de Grecia y de lejos parece un árbol en la plenitud de su vigor. Desde la cima vuelve su rostro infantil hacia el cortejo buscando con ojos inquietos a su criado, Luis del Molino, que vestido de negro semeja una sombra avanzando tras él.

Entre los primeros pendones que asoman surge ahora Juan Serrano, pequeño y astuto, con el rostro oculto por un sombrero de ala ancha en la que brillan los cascabeles.

A una señal de don Hernando, la tropa se detiene. Rodeado de la escolta entre picas y pendones que se agitan a sus espaldas, se divisa a don Luis de Mendoza, de frágil aspecto y voz estentórea.

Inmóvil la columna, quieto el aire, interrumpido el silencio; el Capitán en su caparazón de hierro contempla la ciudad de casas bajas y, en el puerto, las negras naves.

Después, otra vez en marcha, camino abajo, rumbo a los muelles. La sombra gigantesca del castillo de Medina-Sidonia³⁴ se proyecta sobre ese tramo apagando el brillo de las armas, de los trajes, de los arneses, de la piel sudorosa de las cabalgaduras. Pero el alivio para nuestros cansados ojos no dura más que un instante. Cuando salen otra vez a la luz, están a pocos metros de la doble fila en que estamos formados.

Súbitamente, el trepidar de los cascos estalla sobre las losas del puente. El aire se agita. La mañana huele a sudor, a polvo, a hierro, a caballo. Los caudillos pasan casi rozando a los hombres. Los ojos no bastan para retener los mil detalles que se suceden: una brida verde y espumosa, el asta de una pica húmeda por el sudor de una mano, el pomo deslumbrante de una espada, una rodilla de hierro, otra mano aferrada a la montura, unas ancas redondas y lustrosas, una pata bien torneada. Los oídos no alcanzan a distinguir los sonidos que se superponen: el ruido de los cascos, el rechinar de los arneses, el rumor de las escamas de hierro con que se cubren los guerreros, el tintinear de los cascabeles de Juan Serrano, el entrechocar de metales, el murmullo de las sedas, el sonido opaco de los terciopelos, el resoplar de los caballos, las voces de los hombres.

³² *Veedor*: Jefe militar cuyas funciones eran semejantes a las de los modernos inspectores y directores generales.

³³ *Peto*: Pieza de armadura que cubre el pecho.

³⁴ *Castillo de Medina-Sidonia*: construido por los árabes sobre una fortaleza romana, fue reconquistado por Alfonso X el Sabio en 1264 y concedido a la orden militar de Santa María de España. En 1280 desaparecida la Orden el castillo pasó a Alonso I Pérez de Guzmán y de él a sus descendientes. El Ducado de Medina Sidonia se estableció en 1460.

Inmóvil junto a uno de los cabezales del puente, me empeño en descubrir en el rostro de cada uno de los capitanes señales acerca de nuestro incierto destino. Nada me dice el gesto inexpresivo y duro de don Hernando, que pasa arrogante a mi lado y deja tras suyo un penetrante olor a hierro que tarda en expandirse en el aire saturado de aquella mañana. A su lado Juan Serrano, ocultos los ojos bajo el ala del sombrero, y como protegido por el extraño sortilegio de los cascabeles con que la adorna, examina a cada uno, mirando recto a los ojos que se sienten observados sin poder devolver la mirada. Don Juan de Cartagena saluda con leves y graciosos movimientos de su cabeza. Lo precede el aroma de perfumes de Oriente, única nota femenina en medio de aquellos olores acres y ásperos. Hay algo cautivante en su sonrisa, entre tierna y cínica. El rostro macizo e infantil de Gaspar de Quesada infunde confianza a los hombres. Más atrás, los ojos claros y tímidos de don Luis de Mendoza me inspiran una inexplicable piedad.

El grupo se interna entre las primeras casas de Sanlúcar.

Las calles están desiertas. Las gentes, ocultas tras los postigos, espían el pasaje del cortejo. Por las rendijas que proyectan al interior sombrío delgados rayos de luz blanquecina, se adivinan ojos curiosos y furtivos como los del ciervo. Mudadas tras los visillos, las mujeres observan el desfile de aquellos aventureros a los que temen y admiran en secreto, tan distintos a sus hombres, más dioses que hombres. A su paso, las viejas de negro se persignan y murmuran rezos. El ruido de los cascos retumba en las estancias silenciosas. Don Hernando pasea sus ojos de puerta en puerta y su expresión se hace más dura aún. Serrano avanza al frente y mira inquieto hacia los balcones cerrados. La sonrisa se ha congelado en el rostro de Juan de Cartagena.

A nuestras espaldas, una nueva y más densa polvareda avanza por la llanura hacia el puente. El aire quieto estalla otra vez y es una furiosa mezcla de mugidos y balidos, y alboroto de aves y estrépito de cascos sobre las losas.

Un súbito olor a estiércol fresco invade Sanlúcar. La ciudad entera huele a establo, rota su condición de puerto, liberada del oprimente tufo del mar, avasallada en su identidad por la incontenible invasión de animales y plantas que siguen a la columna.

A gritos y frenéticas carreras de sus cabalgaduras, los jinetes pugnan por dominar esa masa informe que, como un río fuera de cauce, amenaza con desbordarse a ambos lados del camino.

¡Ah, Majestad! ¡Ved allí a las pobres y maternales vacas agolpándose torpemente a la entrada del puente, acosadas por los perros y estrellándose contra los cabezales de mármol en su loca carrera! Observad cómo corren hacia un lado y otro, dominadas por el pánico, las ovejas todas juntas. No entienden lo que les está pasando, pero el instinto les dice que deben mantenerse unidas. En medio de ellas una cerda de grandes tetas se revuelve furiosa buscando sus

lechones. Pastores y ganados corren precipitadamente, como si alguna oscura fuerza los empujara hacia las naves. Tras ellos irrumpen con estrépito las carretas. Hay una cargada con gallinas blancas que asoman temerosas las cabezas por entre los barrotes de las jaulas. Después siguen los limoneros y los naranjos, y hasta olivos de regular tamaño que crecen en barricas. Y almárgicos de coles y otras verduras en grandes jardineras. Y tierra. Una tierra negra y suelta que mi amo ha hecho traer de los bosques del norte, en la frontera con el reino de Portugal.

El huerto flotante con que el Capitán planea paliar los terribles efectos del escorbuto, pone una nota desusada en aquel paisaje agostado por la sequía.

Al frente de la columna, solitario y taciturno, don Hernando continúa su marcha hacia las naves.

* * *

Hasta muy entrada la tarde de aquel día estuvimos acondicionando los animales y las plantas en los galeones,³⁵ convertidos por las previsiones de mi amo en verdaderas arcas de Noé. Pero la carga no estuvo completa sino tres días más tarde cuando una gran barcaza descendió por el río irradiando un extraño fulgor. Alertados por los vigías, subimos algunos a la arboladura de los navíos para verla llegar. Era una embarcación chata y ancha, y el brillo que despedía cegaba nuestros ojos, ansiosos por desentrañar sus secretos, que quedaron al descubierto cuando se aparejó a la nave capitana y quedó al abrigo de su sombra. La causa del fulgor aquel estaba en su carga y el reflejo del sol en ella: la componían miles de espejos de diferentes tamaños y pequeños trozos de vidrio y cuentas de cristalino de varios colores y veinte mil cascabeles de tres suertes y dos mil pulseras de latón y otras dos mil de cobre, más diez mil anzuelos y cuatrocientos cuchillos de Alemania y cincuenta docenas de tijeras, que junto con doscientos bonetes colorados e innumerables piezas de paños de colores, integraban nuestra provisión de mercaderías de trueque o rescate.

Ésa sería, Alteza, nuestra moneda corriente en las tierras por descubrir. Ésos eran los dones de nuestra civilización y, a cambio de ellos, obtendríamos los más preciados tesoros que la naturaleza había prodigado a otros pueblos del mundo. Y, cosa bien curiosa, esos espejitos y cascabeles transportados a granel en la barcaza y que nada valían, trastornarían por completo a esos pueblos. Esas cuentas de vidrio y algunas piezas de vistoso paño para los reyes serían muy pronto más poderosas que sus dioses y sus sabios y sus tradiciones. Cualquier cascabel de los miles que llevábamos valdría más que la vida de un hombre y aldeas enteras serían vendidas por un puñado.

Viéndolos, Majestad, habríais dado vos también la razón a mi señor cuando decía que después de nuestro viaje el mundo ya no sería el mismo.

³⁵ *Galeón*: nave grande y de alto bordo. Los había de guerra y de carga.

Eso nos dijo cuando la carga estuvo dispuesta y anunció la partida «de la más grande empresa que el hombre concibiera», dijo.

Así ponía don Hernando fin a la angustiosa espera de veintinueve días desde que dejáramos Sevilla.

El sol y la lluvia habían resecado los negros maderos, nuestros mejores sueños comenzaban a oler a rancio como el queso de las bodegas; pero allí estábamos, doscientos treinta y siete hombres felices porque finalmente la flota iba a zarpar.

Y así fue. En la mañana del 20 de septiembre de 1519 nos hicimos a la mar.

Fue un amanecer tenso, con el cielo plomizo y el mar del color del acero. Recuerdo que había un silencio casi sobrenatural, pese a la confusión de voces en distintas lenguas. Gritaban los contramaestres,³⁶ se agitaban como insectos los hombres, volaban como enloquecidos los pájaros, mugían los ganados, alborotaban las aves, pero sin que mis oídos percibieran sonido alguno. Todo parecía ocurrir como en un viejo grabado, y el color gris, uniforme, que tomaban las cosas bajo la luz de aquel cielo acentuaba aún más el parecido. Porque todo era gris aquella mañana, y apenas ligeras diferencias de tono permitían distinguir una cosa de la otra. Sobre aquel mar dormido en apariencia, pero que aguardaba agazapado al acecho, como una fiera, y bajo aquel cielo amenazante, las naves parecían sombras deslizándose bahía afuera.

A causa de la falta de vientos en la cerrada caleta,³⁷ fue necesario arrastrar la flota mar adentro remolcándola con chalupas impulsadas a remo. Los galeones, tal vez por el peso de su enorme carga, parecían resistirse a abandonar el puerto y fue grande el esfuerzo que demandó la tarea.

Con las velas recogidas, la arboladura de las naves tenía el triste aspecto de un bosque en invierno. Mástiles y vergas³⁸ formaban un sinfín de cruces elevándose al cielo por encima de la flota.

Cuando las cinco estuvieron fuera de la bahía se desplegaron las velas que ya no eran blancas como en Sevilla sino grises y parecían flácidas por la falta de viento. No obstante y poco a poco, la escuadra comenzó a moverse por sus propios medios. De pronto, la suave brisa se transformó en vendaval. Negros nubarrones cubrieron el cielo y el mar se encrespó en torno a las naves. Crujieron entonces los mástiles, doblándose como juncos bajo el peso del viento. Gimieron las vergas girando enloquecidas en sus goznes. Estallaron algunas jarcias³⁹ ya resacas y las velas se hincharon recuperando su blancura. Las negras proas en su loca carrera desaparecían bajo las olas para emerger triunfales un instante después, chorreando agua por todos sus lados.

Todos miramos entonces hacia la costa que las naves furiosas dejaban atrás. Era negro contra el cielo de un gris azulado, la mole de piedra del castillo del duque. Atrás y a lo lejos, la sierra apenas se distinguía del horizonte

³⁶ *Contramaestre*: Oficial de mar que dirige la marinería, bajo las órdenes del oficial de guerra.

³⁷ *Caleta*: Ensenada pequeña.

³⁸ *Verga*: percha más o menos horizontal que llevan los palos para sujetar en ella el grátil de una vela. *Grátil*: borde de la vela por donde se une a la percha.

³⁹ *Jarcia*: Aparejos y cabos de un buque.

por los jirones como de algodón sucio que dejaban algunas nubes bajas en sus cumbres. Junto a la playa, las casas blancas de Sanlúcar parecían perdidas y como desamparadas en medio del sombrío paisaje. Apenas si se divisaba la presencia de algún vecino curioso en los muelles desiertos y, pese al rechazo del que habíamos sido objeto por parte de esa gente, creo yo que todos empezábamos a echarlos de menos. Y a envidiarlos, porque aquella inhóspita ciudad parecía ahora, ante la inmensidad del mar, la más segura y cálida de las madrigueras. De las madrigueras digo, porque éramos como bestias arrancadas por una fuerza irresistible del mundo natural al que pertenecíamos.

A media mañana ya no se divisaba la costa y era tanta la furia del viento que hubo que amainar las velas y poner en facha⁴⁰ los navíos. No obstante, impulsados por las olas, avanzábamos a una vertiginosa rapidez en la dirección que don Hernando había señalado. El viento tomaba por detrás a las naves y éstas parecían volar, cual imperiales águilas.

—Nunca regresaremos —murmuró una voz a mi lado—. Nunca —repitió.

Con el tiempo yo mismo he llegado a pensar que en verdad era el nuestro un viaje sin retorno. Pero deje Vuestra Alteza la cosa allí, purifique sus narices del muelle aroma de las sedas y terciopelos de su corte, y aspire el aroma incomparable del aire marino saturándolo todo. Cierre Vuestra Majestad don Carlos los ojos a los empolvados secretarios y las rosadas damas que pueblan sus palacios entre mármoles de Italia y tapices de Oriente, y llene sus reales pupilas con la imagen de cinco negras naves abriéndose paso presurosas hacia los confines del mundo conocido y más allá. Deje que lo penetre el escozor de la sal y el estruendo de las olas, sienta en sus imperiales tripas el incomparable sabor de las náuseas y, en nuestro honor y memoria, no agregue esta noche canela ni clavo al vino, ni pimienta a su carne de buey, ni azafrán a sus guisados de faisán, ni menta, ni jengibre, ni...

⁴⁰ *En facha*: posición para detener la marcha de la embarcación por medio de las velas, haciéndolas obrar en sentidos contrarios, para soportar un temporal.